

¡Parada, chofer!

Tomás Grounauer

A todos los colectiveros de la ciudad de Buenos Aires

El único colectivo que me deja cerca del trabajo viene siempre lleno. Siempre. Un día decidí ir hasta la terminal para tomarlo vacío, pero allí también había gran cantidad de personas haciendo cola para subir. Los colectivos se llenaban y partían, pero constantemente llegaba más gente y el número de individuos se mantenía inalterable.

Recuerdo un día en que yo esperaba el colectivo y lo vi venir, un poco más vacío que de costumbre, o eso creí. Subí junto con otros cinco o seis pasajeros y me instalé cerca del fondo, haciéndome lugar entre las personas que viajaban de pie. Unas cuantas cuerdas más adelante, el colectivo estaba lleno; sin embargo el chofer siguió recogiendo nuevos pasajeros en cada parada.

De pronto me encontré con una señorita de mediana estatura parada sobre mis zapatos, pidiéndome disculpas porque "no hay más lugar en el piso". Siguió subiendo gente. Calculé que habría un promedio de dos a tres personas en el espacio de cada asiento de los de a uno y entre cinco y seis en el de los dobles. La puerta de salida, en el medio del vehículo, no se podía abrir por la presión de la gente. Algunos individuos que tenían que bajar alcanzaron a tirarse por las ventanillas hasta que, al subir más gente, quedaron taponadas por personas en diversas posiciones que buscaban acomodarse en un espacio físico cada vez más reducido.

En cuanto a mí, me encontraba al lado de un hombre con bigote que, como todos, hacía grandes esfuerzos por moverse siquiera unos centímetros. En su caso, vacilaba entre apoyarme el codo en el ojo o en la nariz. Finalmente consiguió liberar un poco el brazo con un movimiento torpe, pero no pudo dominar la inercia de esta maniobra y me golpeó la boca con el codo.

Alguien, viendo que el final de su viaje estaba próximo, gritó "¡Parada, chofer!", pero su grito se

perdió entre los sonidos de la muchedumbre o fue ignorado por el conductor.

En un momento, junto con nuevos pasajeros, subió un vendedor ambulante que superpuso su voz de barítono a la del resto. Vendía chocolates "Nugueti", que, según él, uno podía conseguir en kioscos y supermercados pagando desde dos pesos o dos pesos con cincuenta, pero que en esta oportunidad el pasajero llevaría por un pesito nada más. Supuse que esta oferta no encontraría interesados entre la hacinada multitud, sin embargo para mi sorpresa escuché una voz desde el fondo gritando "¡Acá, chocolate!". El interesado le dio una moneda a la señora que tenía pegada a la nuca, ésta al señor que la aplastaba contra el caño del asiento, y así hasta el vendedor, quien repitió el procedimiento a la inversa y trocando moneda por chocolate.

Al notar que viajábamos muy lentamente me pregunté en voz alta el motivo; me lo explicó una persona cuyo rostro nunca vi, ya que me hallaba imposibilitado de girar la cabeza en esa dirección. El conductor, que ahora manejaba con dos pasajeros sobre la falda, no alcanzaba la palanca de cambios; por lo tanto íbamos en segunda y él se las arreglaba con el pedal del embrague, que otro pasajero apretaba con la mano.

Me acercaba a donde debía bajarme. Iba a gritarle al chofer para que se detuviera, pero me di cuenta de que sería inútil; el murmullo había crecido de tal manera que hubiera ahogado mi voz.

Me resigné a faltar al trabajo y perder un día de sueldo. A las pocas cuerdas me quedé dormido o me desmayé. Desperté un buen rato después, acostado en los asientos del fondo del colectivo vacío, con una persona que me sacudía el brazo y me decía "Arriba, flaco, que llegamos a la terminal".